

CAPITULO IX.

LA LIGA.

Algunos días antes, había tenido lugar un incidente, que vino á influir mucho en los sucesos posteriores.

Un día me había dicho Benitez:

—¿Cree vd. que Curiel tendrá discrecion bastante para cumplir una mision delicada?

—Sí la tiene.

—Cuando estuvo aquí el general Donato Guerra, contrajo algunos compromisos con el partido porfirista, y creo que es tiempo de recordárselos.

—Me parece muy bien.

—¿En dónde está el general Guerra?

—En Durango.

—¿Y cuánto necesitará Curiel para hacer ese viaje?

—Doscientos pesos.

—El caso es que no los tenemos.

—Voy á ver lo que puedo reunirle, que al cabo él es económico y se conformará con lo necesario.

Reuní las estampillas del correo que tenia Ponce de Leon, administrador del *Mensajero*, con las que yo había reunido de pagos foráneos del *Padre Cobos*, y me fuí á los almacenes á venderlos con el cuarenta por ciento de pérdida, segun valieron entonces, por la plétora que hubo de tal artículo, como en años posteriores sucedió con la moneda del nikel. Parece que hubo entonces una falsificacion de 200,000 pesos de timbres postales, que fué lo que acabó de causar su despreciacion, el caso fué que todos se admiraron de que yo hubiera podido convertir en alguna plata nuestra desprestigiada mercancia, que ya había acabado por hacerse nula.

El Lic. Curiel pudo salir inmediatamente á llenar su delicado encargo, á la vez que otros comisionados salian tambien para la sierra de Puebla, para los Estados de Occidente y para las montañas del Sur. No podré ahora determinar los nombres de las personas que nos pidieron despachos, autorizaciones ó simple encargo de ir á sembrar la semilla de la discordia civil, pero si aseguro que fueron muchísimos, teniendo que desprendernos en multitud de casos, de los recursos de nuestra misma subsistencia, para acudir á una pretension corta ó á algun gasto de suma urgencia.

Nos parecia la cosa mas fácil, y no solo la mas fácil, sino la mas debida, y no solo la mas debida, sino la mas apremiante, hacer el sacrificio que se necesitara en pró de la causa de la libertad, que era en nuestro

concepto, la que defendíamos y la que veíamos muy espuesta bajo el gobierno de D. Benito Juárez, que empezaba á corromperse inclinándose á la dictadura.

Quando Benitez recibió la primer carta de Curiel, corrió á verme lleno de alegría diciéndome:

—A vd. debemos en parte que Donato Guerra esté con nosotros.

—A mí?

—Curiel ya era conocido de aquel jefe, quien le ha dispensado una acogida de las mas cordiales. Lea vd. esta carta.

Era la carta muy satisfactoria en efecto.

—¿Y bien?

—Que vd. ha sido siempre quien ha sabido inspirarme la mayor confianza hácia su jóven protegido D. Luis Curiel.

—Es valiente y tiene muy clara inteligencia.

—Ya ve vd., se queda al lado de Donato Guerra, y no lo soltará ya hasta que lo haga pronunciarse.

—Y contaremos con uno de los jefes mas prestigiosos de la República.

Benitez estaba tan contento en ese dia, que como en otras veces en que tenia alguna buena noticia, me convidó á comer.

Despues de las escenas del plan que llevo referidas, se acercaba el mes de Setiembre en que tenia que abrirse el Congreso, y llevé un dia á Benitez las credenciales de que habia sido portador.

—Hombre, me dijo, tengo respecto de vd. un gran remordimiento.

Me quedé viéndolo con estrañeza, y moví la cabeza en sentido interrogativo.

Entonces me cogió una mano, y me dijo con tono de quien se confiesa de una culpa.

—Ni Porfirio ni yo nos hemos acordado de conseguirle en Oaxaca una credencial de diputado.

—¿Bah! contesté riéndome.

—Vd. la merece mas que muchos de los que forman nuestra lista: vd. se ha visto varias veces cerca de la muerte por nuestro partido: vd. no se limita á escribir en los periódicos, sino que va á arrostrar todo género de peligros: vd. es uno de los mas desintensados amigos y de los mas leales partidarios: vd. en fin.

—Yo, en fin, tengo que salir luego á campaña y no podria estar á la vez ocupando un sitio en el Congreso.

—Precisamente es lo que mas me reprocho. A cualquiera de los que no saben salir nunca de México, debíamos haberlo puesto de suplente.

—¿Y para qué?

—Para que vd. tuviera el fuero constitucional.

Entonces comprendí todo el pensamiento de Benitez.

Realmente, los que mas necesitábamos de esa inmunidad, éramos los que yendo á campaña pudiéramos caer prisioneros en manos de cualquier jefe que tuviera escrúpulos constitucionales.

Entonces tambien comprendí que habia algo de ingratitud en aquel partido, al cual habia consagrado todas mis facultades físicas é intelectuales: al no con-

siderar entre sus candidatos á uno de sus mas entusiastas corifeos.

Antes de esta conversacion, maldito lo que yo habia pensado en ser diputado ni cosa parecida, principalmente cuando tan comprometido estaba para lanzarme á la revolucion, en donde iba buscando otros honores y otras recompensas; pero cuando me abrió los ojos Benitez respecto de ese punto, me sentí como humillado, como agobiado bajo el peso de un terrible desaire.

Luego el directorio porfirista, en manos del cual habia estado la eleccion de Oaxaca, no me consideraba como uno de sus principaes amigos, segun me lo habia manifestado.

Luego el círculo porfirista, no tenia muy buena idea del mas leal y del mas estoico de sus partidarios.

Luego yo no habia adquirido aun suficientes títulos para merecer del general Diaz aquella muestra de consideracion, que tanto debia servirme en un caso dado.

No me importaba el sueldo, supuesto que iba á tener que abandonarlo; no me importaba el honor de ser diputado, puesto que habria abandonado al siguiente dia de hacer la protesta; no me importaba el fuero constitucional que habria de servirme tan poco en la guerra; lo que me importaba, y mucho, era el considerar que habia sido olvidado por mis jefes á la hora del banquete, que tan presente me tenían cuando se trataba de las penalidades.

¡Valia mas mil veces, que Benitez no me hubiera dicho ni una palabra sobre todo aquello!

¡Todavía no conquistábamos el triunfo, y ya comenzaba la cosecha de descepciones!

Pero.... pasó el momento como han pasado tantos momentos amargos como he tenido en mi azarosa vida, volvi á ponerme alegre con la perspectiva de nuevas aventuras, rei otra vez con las mismas ganas de siempre y tuve oportunidad de felicitar con verdadera satisfaccion á todos los diputados amigos nuestros, que llegaron á elevarse en esos dias al número de treinta. Los demas diputados eran juaristas y lerdistas, pero como estos últimos formaban en la oposicion parlamentaria, engrosaban el número de los primeros de los que eran los principales jefes Zamacona y Ramirez. El grupo lerdista era acaudillado por Ramon Guzman y Romero Rubio.

Recuerdo que cuando se hizo ó aparentó hacerse la fusion lerdo-porfirista, tuvimos un banquete en el Tívoli de cerca de doscientos cubiertos, para que sirviera de bautismo á semejante alianza. Concurrió allí todo lo notable del lerdismo y del porfirismo y se pronunciaron brindis muy acentuados y muy valientes.

Los lerdistas hacian votos porque el porfirismo se sobrepusiera á Juarez, aunque tuviera que valerse de la violencia de las armas. y los porfiristas brindaban porque el partido que representaba la inteligencia supiera dirigir mas tarde ó mas temprano por buen camino los altos destinos de la patria.

El amalga de parecía imposible y sin embargo era natural.

Si Porfirio Diaz acababa de ser derrotado en la contienda electoral, Lerdo de Tejada se consideraba mas ofendido contra los juaristas porque no se habian fijado en él para darle sus votos cuando se lo habian ofrecido solemnemente: esto era lo que se decia entonces, que estaban comprometidos á hacerlo sucesor de Juarez en ese periodo constitucional. Porfirio Diaz habia sido vencido, pero Lerdo de Tejada habia sido burlado. En consecuencia, los lerdistas estaban sedientos de venganza y se servian de los porfiristas como de un instrumento. Estaban casi seguros de que su habilidad les daria medios de hacerse del poder en caso de provocarse algun trastorno sério que conmoviera fuertemente á la República.

Indudablemente que los dos partidos, el porfirista y el lerdista trabajaban para hacerse del poder cada uno por su cuenta y para su exclusivo provecho; pero necesitaban estar unidos para defenderse del enemigo comun. Sabian muy bien que no podian haber unidos en el Palacio Nacional; pero se ayudaban ahora con la reserva que hacian de despues combatirse.

Era una liga política solamente de circunstancias. Pasadas estas, tenía que acabarse la liga y continuar la lucha y la enemistad, y tal vez hasta el odio y la persecucion.

El hecho fué que tambien yo me ví llevado á este heterogéneo banquete y que se me hizo brindar por la

próxima caída de Juarez. No sé cuantos disparates dije; pero como el *Padre Cobos* era muy popular porque era el principal ariete que habia en la prensa contra el gefe del poder, mis palabras llenas de encono fueron extraordinariamente aplaudidas.

Y aquellos que tanto aplaudian los dicitos que se lanzaban al poder y que conspiraban ayudándonos con toda clase de recursos y que nos empujaban á empuñar la bandera de la revolucion, tenían todavía un pié dentro del gobierno y estrechaban la mano de Juarez, llamándose sus amigos; á ellos les venia bien aquella copla traducida por Chavero en la *Hija de Madama Angot* que dice:

“Conspirar y ganar sueldo,
Eso es lo que tiene gracia.”

Todos eran diputados ú ocupaban algun puesto importante en la administracion. El gefe de ella, el Sr. Lerdo de Tejada era ministro y Presidente de la Suprema Corte de Justicia, alternativamente.

Nosotros los porfiristas éramos los que estábamos mas fuera del poder, y sin embargo, teniamos á nuestros gefes mas caracterizados en el congreso, en la Corte y en algunos otros empleos de menos categoría. Por ejemplo Tello, Mendiola, Alfaro y Avila, que eran de los porfiristas mas entusiastas, nunca dejaron de ser empleados.

Pero en cambio el jefe principal Porfirio Diaz, los generales desafectos como Aureliano, Negrete, etc.,

y los políticos de accion que íbamos á exponer el pellejo, no éramos nada.

A la vez que la política se agitaba por medio de esa liga que no dejaba de causar alguna inquietud al gobierno, viendo una amenaza cubierta con el ropage de la legalidad en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia; á la vez que los periódicos lanzaban fuego dando verdaderos toques de guerra y á la vez que los conspiradores se estendian desde la capital hasta la frontera, cambiándose señales y cifras que de antemano habian sido convenidas, los mismos jefes del ejército comenzaban á manifestarse descontentos, ya por las preferencias y distinciones que se tenia con algunos, ya por que las quejas de otros no eran atendidas, ya porque los haberes comenzaban á escasear y ya en fin porque algunos como verdaderos patriotas observaban que el gobierno habia extraviado la marcha é iba dirigiéndose rectamente á la tiranía.

Este descontento comenzó á cundir y á hacerse general. No solo Donato Guerra que era una preciosa conquista para nosotros, sino algunos coroneles de los cuerpos que habia en la guarnicion de México se comprometieron en nuestra causa, asistiendo á nuestras juntas y conspiraciones.

El mal gravísimo que yo veia en todo esto, era la poca unidad que existía para los trabajos.

Habia tres directorios en México: uno lo formaba el mismo D. Sebastian Lerdo de Tejada que era el alma de todas las intrigas políticas que se desarrolla-

ban en esta capital; otro estaba formado en la casa de Benitez en donde se reunian los diputados y algunos de los hombres de accion; el tercero lo formábamos la gente de armas y nos reuniamos indistintamente en mi casa, en la casa de Negrete ó en el café de la Concordia, pues en todas partes nos entendiamos y en todas partes conspirábamos.

Entonces fué cuando empezaron á agotarse todos los fondos en las cajas del súbdito francés Arturo Mayer y de otros comerciantes simpatizadores de la revolucion. De allí salian las gruesas sumas destinadas á la compra de este y del otro cuerpo, de aquella ó la otra entidad, de este ó del otro jefe de categoría y hasta de algun cabo y sargento.

En la época de las conspiraciones, es cuando más se puede abusar de la buena fé de los correlligionarios.

Yo no me puedo acusar de haber contribuido á arruinar á esos amigos en cuyas casas jamás puse un pié, y á quienes nunca me he dirigido pidiéndoles un solo centavo.

He pasado cerca de la miseria, pero jamás al lado de la degradacion: ni en mis épocas más tristes, he llegado á abusar de las necesidades mas apremiantes. Yo solo he tenido mis penas y solo he enjugado mis lágrimas.

He tenido muchos y buenos amigos, ¿y como no habia de tenerlos? Pero estos nunca han llegado á la hora de las angustias, sino meses ántes ó momentos

despues. Siempre que pude me serví de báculo á mi mismo.

Vamos por ahora á entrar en mas movimiento, refiriendo las peripecias de aquella mal dirigida y peor ejecutada revolucion.

En los primeros dias de Setiembre tuvimos una conferencia Carlos Diaz Gutierrez, Juan Alvarado y el autor de estas memorias, con el objeto de hablar de aquel condeado plan revolucionario, pero de tales que ninguno de nosotros pasaba y contra el cual no podiamos proponer nada, so pena de echar á pique todos los trabajos que estaban emprendidos para derribar el gobierno de Juarez. Tanto el primero como el segundo estaban ansiosos por irse á la frontera, y solo esperaban que se determinara algo respecto del plan que iba á proce-

CAPITULO. X.

LA GRAN CONSPIRACION.

El gobierno veia venir la tormenta y se apresuró á hacer todos los preparativos que juzgó convenientes para resistirla, siendo entre otros, segun un periódico de esa época que tengo á la vista, comprar armas, la construccion en gran escala de municiones de guerra, mandar hacer abundantes literas para los heridos, comunicar instrucciones reservadas á los jefes de fuerza y gobernadores de los Estados con quienes cultivaba íntima amistad, prodigar ascensos militares, y por fin, prepararse con bandas y medallas para acordar premios extraordinarios. Despues de esto hubo algunos movimientos de fuerza, y el grueso del ejército fué convenientemente situado para dominar los Estados de Oaxaca, San Luis Potosí, Nuevo Leon y Jalisco, que eran los que inspiraban mas recelos al Presidente lo mismo que á su ministro de la guerra.